

JUSTICIA SATISFECHA

Volumen 1 – Sermón No. 255

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 29 DE MAYO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”
Romanos 3:26***

***“él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”
1Juan 1:9***

Cuando el alma está seriamente impresionada con la convicción de su culpa, cuando el terror y la alarma se apoderan de ella acerca de las consecuencias inevitables de su pecado, el alma teme a Dios. Teme en ese momento todo atributo de la divinidad. Pero, sobre todo, el pecador tiene miedo de la justicia de Dios. “Ah”, se dice a sí mismo, “Dios es un Dios justo, y si es así, ¿cómo puede perdonar mis pecados? Porque mis iniquidades claman a gritos por el castigo, y mis transgresiones demandan que su diestra me golpee. ¿Cómo puedo ser salvo? Si Dios fuera injusto, podría perdonar, pero ¡ay! No es así, es severamente justo. ‘Él pone la justicia en el cordel, y la rectitud en la plomada’. Él es el juez de toda la tierra, y debe hacer lo correcto. ¿Cómo, pues, escaparé de su justa ira que debe despertarse contra mí?” Estemos seguros de que el pecador tiene toda la razón en la convicción de que aquí hay una gran dificultad.

La justicia de Dios es en sí misma una gran barrera para la salvación de los pecadores. No hay posibilidad de que se supere esa barrera, ni siquiera de que se elimine, excepto por un medio, que os será anunciado hoy por medio del Evangelio de Jesucristo nuestro Señor. Es cierto que Dios es justo. Que la vieja Sodoma te cuente cómo Dios hizo llover fuego y azufre del cielo sobre la iniquidad del hombre. Deja que un mundo que se ahoga te cuente cómo Dios levantó las compuertas de las fuentes del gran abismo, y ordenó que las aguas burbujeantes brotaran y se tragaran vivo al hombre. Que la tierra os lo diga, porque ella abrió su boca cuando Coré, Datán y Abiram se rebelaron contra Dios. Que las ciudades sepultadas de Nínive y las reliquias andrajosas de Tiro y Sidón les digan que Dios es justo y que de ninguna manera perdonará a los culpables. Y lo peor de todo, que el lago sin fondo del infierno declare cuál es la terrible venganza de Dios contra los pecados del hombre.

Que los suspiros, los gemidos, los gemidos y los gritos de los espíritus condenados por Dios suban a vuestros oídos, y den testimonio de que Él es un Dios que no perdonará al culpable, que no ignorará la iniquidad, la transgresión y el pecado, pero quien se vengará de cada rebelde, y dará a la justicia su plena satisfacción por cada ofensa.

El pecador tiene razón en su convicción de que Dios es justo, y tiene además razón en la inferencia que se sigue de ello, que porque Dios es justo su pecado debe ser castigado. Ah, pecador, si Dios no castiga tu pecado, Él ha dejado de ser lo que siempre ha sido: el severamente justo, el inflexiblemente recto. Nunca ha habido un pecado perdonado, absolutamente y sin expiación, desde el principio del mundo. Nunca ha habido una ofensa perdonada por el gran Juez del cielo, hasta que la ley haya recibido la vindicación más completa.

Tienes razón, oh pecador convicto, en que tal será el caso hasta el final. Toda transgresión tendrá su justa recompensa de galardón. Por cada ofensa habrá su golpe, y por cada iniquidad habrá su condenación. "Ah", dice ahora el pecador, "entonces estoy excluido del cielo. Si Dios es justo y debe castigar el pecado, entonces, ¿qué puedo hacer yo? La justicia, como un ángel oscuro, avanza a grandes zancadas por el camino de la misericordia, y con su espada desenvainada, sedienta de sangre y con alas para matar, cruza mi camino y amenaza con llevarme de espaldas por el precipicio de la muerte hacia el eterno lago de fuego". Pecador, tienes razón, aun así es. Excepto por el Evangelio que estoy a punto de predicarles, la justicia es su antagonista, su enemigo legítimo, irresistible e insaciable. No puede permitir que entres en el cielo, porque tú has pecado, y castigado ese pecado debe ser, vengado esa transgresión debe ser, mientras Dios es Dios, el Santo y el justo.

¿Es posible, entonces, que el pecador pueda salvarse? Este es el gran enigma de la ley y el gran descubrimiento del Evangelio. ¡Maravillosos cielos! ¡Asómbrate, oh tierra! esa misma justicia que se interpuso en el camino del pecador e impidió que fuera perdonado, ha sido apaciguada por el Evangelio de Cristo, por la rica expiación ofrecida en el Calvario, la justicia está satisfecha, ha envainado su espada, y ahora no tiene una palabra que decir contra el perdón del penitente. Es más, que la justicia una vez tan enojada, cuya frente era un relámpago, y cuya voz era un trueno, ahora se ha convertido en el abogado del pecador, y ella misma con su poderosa voz ruega a Dios, que cualquiera que confiesa su pecado debe ser perdonado y limpiado de toda injusticia.

El asunto de esta mañana será mostrar, en primer lugar, según el primer texto, cómo la justicia ya no es enemiga del pecador: "Dios es justo, y, sin embargo, el que justifica al que cree", y luego, en el en segundo lugar, que la justicia se ha convertido en la abogada del pecador y que "Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad".

Pero aquí permítanme hacer una advertencia, hablaré esta mañana, solo a aquellos que sienten su culpa, y que están listos para confesar su pecado. Porque para aquellos que todavía aman el pecado y no reconocen su culpa, no hay promesa de misericordia o perdón. Para ellos no queda sino la terrible espera del juicio. "El que siendo reprendido muchas veces endurece su corazón, de repente será destruido, y sin remedio". El alma que descuida esta gran salvación no puede escapar, no hay puerta de escape provista para ella. A menos que el Señor ahora nos haya hecho sentir nuestra necesidad de misericordia, nos haya obligado a confesar que a menos que Él nos dé misericordia, debemos perecer justamente, y a menos que, además, Él nos haya hecho dispuestos ahora a ser salvos en cualquier condición, de modo que podemos ser salvos en absoluto, este Evangelio que voy a predicar no es nuestro. Pero si estamos convencidos de pecado y ahora estamos temblando ante los truenos de la ira de Dios, cada palabra que voy a decir ahora estará llena de aliento y consuelo para ustedes.

I. Primero, entonces, *¿cómo ha sido dejada a un lado la justicia?* o más bien, *¿cómo ha estado tan satisfecho que ya no se interponga en el camino de Dios justificando al pecador?*

La única respuesta a eso es que la justicia ha sido satisfecha a través de la sustitución de nuestro bendito Señor y Salvador, Jesucristo. Cuando el hombre pecó, la ley exigió que el hombre fuera castigado. La primera ofensa del hombre la cometió Adán, quien era el representante de toda la raza. Cuando Dios iba a castigar el pecado, en Su propia mente infinita pensó en el bendito recurso, no en castigar a Su pueblo, sino en castigar a su representante, la cabeza del pacto, el segundo Adán. Por un hombre, el primer hombre, entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte. Fue por otro hombre, el segundo Adán, que es el Señor del cielo, fue por Él que se cargó este pecado, por Él se soportó su castigo, por Él se sufrió toda la ira del cielo. Y a través de ese segundo representante de la humanidad, Jesús, el segundo Adán, Dios ahora puede y está dispuesto a perdonar al más vil de los viles, y justificar incluso al impío, y puede hacerlo sin la más mínima violación de Su justicia.

Porque, fíjate, cuando Jesucristo, el Hijo de Dios, sufrió en el madero, no sufrió por sí mismo. No tenía pecado, ya sea natural o actual. No había hecho nada que pudiera ponerlo bajo la prohibición del cielo, o someter Su alma santa y Su cuerpo perfecto a la aflicción y el dolor. Cuando Él sufrió fue como un sustituto. Él murió: "El justo por los injustos, para llevarnos a Dios". Si Sus penas hubieran sido personalmente merecidas, no habrían tenido eficacia en ellas. Pero como Él murió para expiar los pecados que no eran suyos, ya que Él fue castigado, no por alguna culpa que Él hubiera hecho o pudiera hacer, sino por la culpa incurrida por otros, hubo un mérito una eficacia en todo lo que padeció, por lo cual la ley fue satisfecha, y Dios es capaz de perdonar.

Mostremos muy brevemente cuán plenamente se cumple la ley.

1. Nótese primero la dignidad de la víctima que se ofreció a sí mismo a la justicia divina. El hombre había pecado, la ley requería el castigo de la virilidad. Pero Jesús, el eterno Hijo de

Dios, "verdadero Dios de verdadero Dios", a quien ángeles gozosos habían cantado himnos a través de las edades eternas, quien había sido el favorito de la corte de Su Padre, exaltado muy por encima de principados y potestades, y de todo nombre que se nombra, Él mismo condescendió a hacerse hombre, nació de la Virgen María, fue acunado en un pesebre, vivió una vida de sufrimiento, y al final murió una muerte de agonía. Si tan solo pensarán en la persona maravillosa que fue Jesús, como Dios verdadero de Dios verdadero, Rey de los ángeles, creador, preservador, Señor de todo. Creo que verán que, en Sus sufrimientos, la ley recibió una vindicación mayor de la que podría haber recibido incluso en los sufrimientos de todos los hombres que alguna vez vivieron o podrían vivir. Si Dios hubiera consumido a toda la raza humana, si todos los mundos que flotan en el éter hubieran sido sacrificados como un poderoso holocausto a la venganza de la ley, no habría sido tan vindicado como cuando Jesús murió.

Porque las muertes de todos los hombres y de todos los ángeles no habrían sido más que las muertes y los sufrimientos de las criaturas, pero cuando Jesús murió, el Creador mismo sufrió el dolor, fue el preservador divino del mundo colgado en la cruz. Hay tal dignidad en la Deidad, que todo lo que hace es maravilloso e infinito en su mérito, y cuando Él se inclinó a sufrir, cuando inclinó Su terrible cabeza, echó a un lado Su diadema de estrellas para tener Su frente ceñida de espinas, cuando Sus manos que una vez blandieron el cetro de todos los mundos fueron clavadas en el madero, cuando Sus pies que formalmente habían apretado las nubes, cuando éstos fueron fijados a la madera, entonces recibió la ley un honor como nunca podría haber recibido si un el universo entero en una conflagración devoradora, había ardido y quemado para siempre.

2. En segundo lugar, sólo detente y piensa en la relación que Jesucristo tuvo con el gran juez de toda la tierra, y luego verás nuevamente que la ley debe haber sido cumplida plenamente por ello. Oímos de Brutus que era el más inflexible de los legisladores, que cuando se sentaba en el banco no sabía distinción de personas. Imagínese arrastrado ante Bruto a muchos de los más nobles senadores romanos, condenados por crimen, él los condena, y sin piedad los lictores los desgarran para su perdición. Sin duda admirarías toda esta justicia de Brutus.

Pero supongamos que el propio hijo de Brutus fuera llevado ante él, y tal fuera el caso, imagina al padre sentado en el tribunal y declarando que no conocía distinción alguna, ni siquiera de sus propios hijos. Concibe a ese hijo juzgado y condenado por la propia boca de su padre. Míralo atado ante los propios ojos de su padre, mientras, como el juez inflexible, ordena al lictor que se acueste en la vara, y luego grita: "¡Llévatelo y usa el hacha!"

¿Veis que no veis aquí cómo ama más a su patria que a su hijo, y ama más a la justicia que a ninguno de los dos? "Ahora", dice el mundo, "Bruto es justo en verdad". Ahora bien, si Dios

nos hubiera condenado a cada uno de nosotros uno por uno, o a toda la raza en masa, ciertamente habría habido una vindicación de Su justicia.

¡Pero mira! Su propio Hijo toma sobre Sí los pecados del mundo, y viene ante la presencia de Su Padre. Él no es culpable en Sí mismo, pero los pecados del hombre son puestos sobre Sus hombros. El Padre condena a su Hijo, lo entrega a la vara romana, lo entrega a la burla judía, al desprecio militar ya la arrogancia sacerdotal. Entrega a su Hijo al verdugo, y le manda clavarlo en el madero, y, como si esto fuera poco, ya que la criatura no tenía poder por sí misma para dar toda la venganza de Dios sobre su propio sustituto, Dios mismo hiere a su Hijo.

¿Estás asombrado ante tal expresión? es escritural. Lea en el capítulo cincuenta y tres de Isaías, y allí tiene la prueba de ello: "Jehová quiso herirlo, lo ha puesto en aprietos". Cuando el látigo hubo dado la vuelta a cada mano, cuando el traidor lo hubo golpeado, cuando Pilatos y Herodes, y judíos y gentiles, hubieron dado cada uno el golpe, se vio que el brazo humano no era lo suficientemente poderoso para ejecutar la venganza completa, entonces el Padre tomó Su espada y exclamó: "¡Despierta! Oh espada, contra mi pastor, contra el hombre que es mi prójimo", y lo hirió severamente, como si hubiera sido su enemigo, como si fuera un culpable común, como si fuera el peor de los criminales, lo hirió una y otra vez, hasta que ese grito espantoso salió de los labios del sustituto moribundo: "Eloi, Eloi, lama Sabachthani", Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Seguramente, cuando Dios hiere a Su Hijo, y tal Hijo, cuando Dios hiere a Su unigénito y bienamado, entonces la Justicia tiene más de lo que le corresponde, más de lo que ella misma podría pedir, ¡Cristo mismo dio libremente!

3. Además, si tienen la bondad de considerar por un momento cuán terribles fueron las agonías de Cristo, las cuales, fíjense bien, Él soportó en la habitación, el lugar, en lugar de todos los pobres pecadores arrepentidos, de todos aquellos que confiesan sus pecados y creen en Él, les digo, cuando noten estas agonías, verán fácilmente por qué la Justicia no se interpone en el camino del pecador. ¿Viene a ti la justicia esta mañana y te dice: "Pecador, has pecado, te castigaré"? Responde así: "Justicia, has castigado todos mis pecados. Todo lo que debería haber sufrido lo ha sufrido mi sustituto, Jesús. Es verdad que en mí mismo os debo una deuda mayor de lo que puedo pagar, pero también es verdad que en Cristo no os debo nada, porque todo lo que debí está pagado, hasta el último centavo, se ha contado hasta el último dracma, no queda nada de lo que te debo a ti, oh justicia vengadora de Dios".

Pero, si la justicia todavía acusa y la conciencia clama, ve y lleva contigo a la justicia a Getsemaní, y quédate allí con ella; mira a ese hombre tan oprimido por el dolor, que toda su cabeza, su cabello, sus vestiduras están ensangrentadas.

El pecado era una presión, un vicio que extraía Su sangre de cada vena y lo envolvía en una sábana de Su propia sangre. ¿Ves a ese hombre allí? ¿Puedes oír Sus gemidos, Sus clamores,

Sus fervientes intercesiones, Su fuerte clamor y lágrimas? ¿Puedes notar ese sudor coagulado mientras carmesí el suelo congelado, lo suficientemente fuerte como para desatar la maldición? ¡Lo veis en la agonía desesperada de su espíritu, aplastado, quebrantado, magullado bajo los pies de la Justicia en el lagar de Dios! Justicia, ¿no es eso suficiente? ¿No te contentará eso? En todo un infierno no hay tanta dignidad de venganza como en el huerto de Getsemaní. ¿Aún no estás satisfecho?

Ven, Justicia, a la Sala de Pilatos. ¡Vea a ese hombre procesado, acusado, acusado de sedición y de blasfemia! Míralo llevado a la sala de guardia, escupido, abofeteado, coronado de espinas, vestido de escarnio e insultado con una caña por cetro. Yo digo, Justicia, te veo ese hombre, ¿y sabes que Él es "Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos"? ¡y, sin embargo, soporta todo esto para satisfacer vuestras demandas! ¿No estás contento con eso? ¿Todavía frunces el ceño? Déjame mostrarte a este hombre en la acera.

Él está despojado. Ponte de pie, Justicia, y escucha esos latigazos, esos flagelos sangrientos, y cuando caen sobre Su espalda devota y abren profundos surcos allí, ¿ves tanga tras tanga de Su carne temblorosa arrancada de Su pobre espalda desnuda? ¿Aún no está satisfecho, Justicia? Entonces, ¿qué te satisfará? "Nada", dice la Justicia, "sino Su muerte".

¡Ven conmigo, entonces podrás ver a ese hombre débil corriendo por las calles! ¿Lo ven conducido a la cima del Calvario, arrojado sobre Su espalda, clavado en el madero transversal? Oh, Justicia, ¿puedes ver Sus huesos dislocados, ahora que Su cruz está levantada? ¡Quédate conmigo, oh Justicia, míralo mientras llora, suspira y llora, mira las agonías de Su alma! ¿Puedes leer esa historia de terror que está velada en esa carne y sangre? ¡Ven, escucha, Justicia, mientras lo oyes gritar: "Tengo sed", y mientras ves que la fiebre ardiente lo devora, ¡hasta que se seca como un tiesto, y la lengua se le pega al paladar de sed! Y finalmente, oh Justicia, ¿lo ves inclinar la cabeza y morir? "Sí", dice la Justicia, "y estoy satisfecho, no tengo nada que pueda pedir más, estoy completamente contento, mis máximas demandas están más que satisfechas".

Y, ¿no estoy contento también? Aunque soy culpable y vil, ¿no puedo alegar que este sacrificio sangriento es suficiente para satisfacer las demandas de Dios en mi contra? Oh, sí, confío en que puedo,

***"Mi fe pone su mano, sobre esa amada cabeza Tuya,
Mientras me paro como un penitente,
Y aquí confieso mi pecado".***

Jesús, creo que Tus sufrimientos fueron por mí, y creo que son más que suficientes para satisfacer todos mis pecados. Por la fe me arrojo al pie de Tu cruz y me aferro a ella. Esta es mi única esperanza, mi refugio y mi escudo. No puede ser que Dios pueda herirme ahora. La

justicia misma previene, porque cuando la justicia una vez está satisfecha, sería injusticia si pidiera más.

Ahora bien, ¿no es bastante claro a los ojos de cada uno, cuya alma ha sido despertada, que la Justicia ya no se interpone en el camino del perdón del pecador? Dios puede ser justo y, sin embargo, el que justifica. Ha castigado a Cristo, ¿por qué debería castigar dos veces por una ofensa? Cristo ha muerto por todos los pecados de Su pueblo, y si están en el pacto, ustedes son del pueblo de Cristo. Maldita sea, no puedes ser. Sufrir por tus pecados no puedes. Hasta que Dios pueda ser injusto y exigir dos pagos por una deuda, no puede destruir el alma por la que Jesús murió.

“Se va la redención universal”, dice uno. Sí, lejos se va, de hecho. Estoy seguro de que no hay nada de eso en la Palabra de Dios. Una redención que no redime no vale mi predicación, ni tu oído. Cristo redimió a cada alma que se salva, ni más ni menos. Todo espíritu que se verá en el cielo, Cristo lo compró. Si Él hubiera redimido a aquellos en el infierno, nunca podrían haber venido allí. Él ha comprado a Su pueblo con Su sangre, y sólo a ellos traerá con Él.

“Pero, ¿quiénes son ellos?” dice uno. Eres uno, si crees. Eres uno, si te arrepientes de tu pecado. Si aceptas ahora a Cristo como tu todo en todo, entonces eres uno de los Suyos, porque el pacto debe resultar una mentira, y Dios sería injusto, y la justicia se convertiría en injusticia, y el amor se convertiría en crueldad, y la cruz sería vuélvete una ficción, antes de que puedas ser condenado si confías en Jesús.

Así es como la Justicia deja de ser enemiga de las almas.

II. El segundo texto dice que Dios no solo puede ser justo, sino que dice algo más, dice: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Ahora, si entiendo este texto, quiere decir esto, que *es un acto de justicia de parte de Dios perdonar al pecador que hace una confesión de su pecado a Dios.*

¡Observa! no es que el pecador merezca el perdón, eso nunca puede ser. El pecado nunca puede merecer nada más que castigo, y el arrepentimiento no es una expiación por el pecado. No es que Dios esté obligado por alguna necesidad de su naturaleza a perdonar a todo aquel que se arrepienta, porque el arrepentimiento no tiene en sí suficiente eficacia y poder para merecer el perdón de las manos de Dios. Sin embargo, es una verdad que, porque Dios es justo, debe perdonar a todo pecador que confiesa su pecado.

Y si no lo hizo, y fíjense, es algo atrevido decirlo, pero está justificado por el texto, si un pecador debe ser inducido verdadera y solemnemente a hacer confesión de sus pecados y entregarse a Cristo, si Dios no lo hizo perdónalo, entonces Él no era el Dios que se representa en la Palabra de Dios, Él era un Dios injusto, y que Dios no lo quiera, tal cosa no debe, no puede ser.

Pero ¿cómo, entonces, es que la misma justicia realmente exige que toda alma que se arrepienta sea perdonada? Así es. La misma Justicia que ahora estaba con una espada de fuego en la mano, como los querubines de antaño guardando el camino del árbol de la vida, ahora va de la mano con el pecador. "Pecador", dice, "iré contigo. Cuando vayas a suplicar perdón, yo iré y suplicaré por ti. Una vez hablé contra ti, pero ahora estoy tan satisfecho con lo que Cristo ha hecho, que iré contigo y abogaré por ti. Voy a cambiar mi idioma. No diré una palabra para oponerme a tu perdón, pero iré contigo y lo exigiré. No es más que un acto de justicia que Dios debería perdonar ahora".

Y el pecador sube con la Justicia, y ¿qué tiene que decir la Justicia? Bueno, dice esto: "Dios debe perdonar al pecador arrepentido, si Él es justo, según Su promesa". Un Dios que podía romper Su promesa era injusto. No creemos en los hombres que nos dicen mentiras. He conocido a algunos de una disposición tan amable que nunca podrían decir "No", si se les pide que hagan algo, han dicho "Sí". Pero nunca se han ganado un carácter por ello, cuando han dicho "Sí", y después no cumplieron. No es así con Dios. No es un ser tierno que promete más de lo que puede cumplir, ni un olvidadizo que promete lo que después se le escapará de la memoria. Toda palabra que Dios pronuncie se cumplirá, ya sea decreto, amenaza o promesa.

¡Pecador! ve a Dios con una promesa en tu mano: "Señor, tú has dicho: 'El que confiesa su pecado y lo abandona, alcanzará misericordia'. ¡Confieso mi pecado y lo abandono, Señor, ¡ten piedad de mí!" No dudes mas que Dios te lo dará. Tienes Su propia prenda en tu mano, tienes Su propio vínculo en tu custodia. Toma esa prenda y ese vínculo ante Su trono de misericordia, y ese vínculo nunca será cancelado hasta que haya sido honrado. Verás esa promesa cumplida al pie de la letra, aunque tu pecado sea muy negro.

Supongamos que la promesa que haces debe ser esta: "Al que a mí viene, no le echo fuera". "Pero", dice la ley, "tú eres uno de los pecadores más grandes que jamás haya existido". "Ay, pero la promesa dice, 'El que viene', y yo vengo, y reclamo el cumplimiento de ello". "No, pero has sido un blasfemo". "Lo sé, pero la promesa dice: 'El que viene', y yo vengo y, aunque soy blasfemo, reclamo la promesa". "Pero tú has sido ladrón, has engañado a tu prójimo y has robado a los hombres". "Yo tengo, pero la promesa dice: 'Al que a mí viene, de ninguna manera le echo fuera', yo vengo, y reclamo la promesa. No dice nada en absoluto acerca del carácter en la promesa, dice: 'El que viene', y yo vengo, y si estoy negro como el diablo, sin embargo, Dios es verdadero, y reclamo la promesa. Confieso todo lo que se puede decir en mi contra. ¿Será Dios infiel y enviará lejos a un alma que busca con una promesa incumplida? ¡Nunca!"

"Pero", dice alguien, "has vivido muchos años de esta manera, tu conciencia te ha controlado a menudo, y te has resistido a la conciencia a menudo, ya es demasiado tarde". "Pero yo tengo la promesa, 'El que viene', no hay tiempo estipulado en ella, 'El que viene', yo vengo, y, oh, Dios, ¡Tú no puedes romper la promesa!" Desafíe a Dios por fe, y verá que Él será

tan bueno como Su palabra para usted. Aunque eres peor de lo que las palabras pueden decir, Dios, lo repito, mientras Él sea justo, debe honrar Su propia promesa. Ve y confiesa tu pecado, confía en Cristo, y encontrarás el perdón.

Pero, de nuevo, Dios no sólo hizo la promesa, sino que, según el texto, el hombre ha sido inducido a cumplirla y, por lo tanto, esto se convierte en un doble vínculo con la justicia de Dios. Supón que le hicieras una promesa a cualquier hombre, que si tal cosa se hiciera, harías otra cosa, y supón que el hombre fuera a hacer algo totalmente contrario a su propia naturaleza, bastante aborrecible para sí mismo, pero lo hizo de todos modos, porque él esperaba obtener grandes bendiciones de ese modo, ¿quieres decir que tentarías a un hombre para que hiciera eso, y lo someterías a grandes gastos, cuidados y problemas, y luego te darías la vuelta y dirías: "Allí no tendré nada que ver con esa promesa, solo prometí hacerte hacer tal y tal cosa, ahora, no voy a cumplir mi compromiso"? Por qué el hombre se daría la vuelta y te llamaría base para hacerte una promesa para llevarlo a hacer algo y luego no cumpliría tu promesa.

Ahora, Dios ha dicho: "Si confesamos nuestros pecados y confiamos en Cristo, tendremos misericordia". Lo has hecho, has hecho la más abyecta y sincera confesión, y declaras que no tienes más confianza que la sangre y la justicia de Cristo. Ahora, en la fe de la promesa has sido conducido a este estado. ¿Te imaginas que cuando Dios te ha llevado a través de mucho dolor y agonía mental para que te arrepientas del pecado, para que abandones la justicia propia y confíes en Cristo, Él luego se volverá y te dirá que no quiso decir lo que dijo? No puede ser, no puede ser.

Supongamos, ahora, que estuvieras a punto de contratar a un hombre para que sea tu sirviente, y le dices: "Renuncia a tal situación, deja eso, ven y toma una casa en el barrio donde vivo, y te llevaré a sé mi sirviente". Supongamos que lo hace, y luego dices: "Me alegro por tu propio bien de que hayas dejado a tu amo, aun así, no te tomaré". ¿Qué te diría? Él decía: "Renuncié a mi situación por la fe de tu promesa, y ahora la rompes".

¡Ay! pero nunca se puede decir del Dios Todopoderoso que, si un pecador actuó en la fe de Su promesa, entonces esa promesa no fue cumplida. Dios deja de ser Dios cuando deja de tener misericordia del alma que busca el perdón a través de la sangre de Cristo. No, Él es un Dios justo, "Fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad".

Un aspecto más de este caso. La justicia de Dios exige que el pecador sea perdonado si busca misericordia, por eso Cristo murió con el propósito de asegurar el perdón para toda alma que busca. Ahora, sostengo que es un axioma, una verdad evidente, que cualquier cosa por la que Cristo murió, Él la tendrá. No puedo creer que cuando pagó a Su Padre el precio de sangre, gemidos y lágrimas, compró algo que el Padre no le dará. Ahora bien, Cristo murió

para comprar el perdón de los pecados para todos aquellos que creen en Él, ¿y suponéis que el Padre le robará lo que ha comprado tan caro? No, Dios fuera infiel a su propio Hijo, rompería el juramento a su amado y unigénito Hijo, si no diera perdón, paz y pureza a toda alma que se acerca a Dios por Jesucristo nuestro Señor. Oh, quisiera poder predicarlo como con una lengua de trueno en todas partes, Dios es justo, y sin embargo, el que justifica al que cree. Dios es justo para perdonarnos nuestros pecados, si los confesamos, sólo para limpiarnos de toda maldad.

III. Ahora, para cerrar. Sólo debo entrar en una pequeña *explicación de los dos grandes deberes que se enseñan en los dos textos.*

El primer deber es la fe: "creer en Cristo", el segundo texto es la confesión, "si confesamos nuestros pecados". Comenzaré con la confesión primero. No esperes que Dios te perdone hasta que confieses, no en la confesión general de un libro de oraciones, sino en la confesión particular de tu propio corazón. No te confesarás con un sacerdote o un hombre, a menos que lo hayas ofendido. En ese sentido, si has ofendido a algún hombre, ten paz con él y pídele perdón por todo lo que hayas hecho contra él. Es una prueba de una mente noble cuando puedes pedir perdón a otro por haber hecho mal. Cada vez que la gracia llega al corazón, te llevará a enmendar cualquier daño que hayas hecho, ya sea de palabra o de hecho, a cualquiera de tus semejantes, y no puedes esperar que Dios te perdone hasta que hayas perdonado a los hombres, y han estado listos para hacer las paces con aquellos que ahora son tus enemigos. Ese es un rasgo hermoso en el carácter de un verdadero cristiano.

He oído hablar del Sr. John Wesley, que estuvo acompañado en la mayor parte de su viaje por alguien que lo amaba mucho y que estaba dispuesto, creo, a morir por él. Aun así, era un hombre de carácter muy testarudo y obstinado, y el señor Wesley no fue quizás el hombre más amable en todo momento. En una ocasión le dijo a este hombre: "José, lleva estas cartas al correo". "Los tomaré después de la predicación, señor". "Tómalos ahora, Joseph", dijo el Sr. Wesley. "Deseo escucharlo predicar, señor, y habrá suficiente tiempo para el puesto después del servicio". Insisto en que te vayas ahora, Joseph. "No iré en este momento". "¡No lo harás!" "No señor". "Entonces usted y yo debemos separarnos", dijo el Sr. Wesley. "Muy bien señor". Los buenos hombres durmieron sobre eso. Ambos eran madrugadores. A las cuatro en punto de la mañana siguiente, el ayudante refractario fue abordado con: "Joseph, ¿has considerado lo que dije, que debemos separarnos?" "Sí, señor". ¿Y debemos separarnos? "Por favor, señor". ¿Me pedirás perdón, Joseph? "No señor". "¿No lo harás?" "No señor". "¡Entonces te preguntaré la tuya, Joseph!" El pobre José se derritió instantáneamente y se reconciliaron de inmediato.

Una vez que la gracia de Dios ha entrado en el corazón, el hombre debe estar listo para buscar el perdón por el daño causado a otro. No hay nada de malo en que un hombre confiese una ofensa contra un prójimo y pida perdón por el mal que le ha hecho. Si has hecho algo, entonces, contra cualquier hombre, deja tu ofrenda delante del altar, y ve y haz las paces con

él, y luego ven y haz las paces con Dios. Tienes que hacer confesión de tu pecado a Dios. Que sea humilde y sincero. No puedes mencionar todas las ofensas, pero no esconder una. Si escondes uno, será una piedra de molino alrededor de tu cuello para hundirte en el infierno más bajo. Confiesa que eres vil en tu naturaleza, malo en tu práctica, que en ti no hay nada bueno. Acuéstate lo más bajo que puedas ante el escabel de la gracia divina, y confiesa que eres un miserable perdido a menos que Dios tenga misericordia de ti.

Entonces, el siguiente deber es la fe. Mientras esté tirado en el polvo, vuelva su mirada a Cristo y diga: "Aunque negro como soy, y aunque confieso que merezco el infierno, creo que Jesucristo murió por el penitente, y en la medida en que murió, Él murió para que el penitente no muriera. Creo que tus méritos son grandes, creo que tu sangre es eficaz, y más aún, arriesgo mi salvación eterna, y sin embargo no es ningún riesgo, aventuro mi salvación eterna en el mérito de tu sangre. Jesús. No puedo salvarme. Echa sobre mí las faldas de Tu expiación roja como la sangre. Ven, tómame en tus brazos, ven, envuélveme en tu chaleco carmesí y dime que soy tuyo. No confiaré en nada más que en Ti. Nada de lo que pueda hacer o haya hecho alguna vez será mi dependencia. Confío simple y completamente en Tu poderosa cruz, en la cual moriste por los pecadores".

Mis queridos oyentes, en cuanto a cualquier probabilidad de que se pierdan después de tal confesión y tal fe, les aseguro que no hay posibilidad ni probabilidad de ello. Eres salvo, eres salvo en el tiempo, eres salvo en la eternidad. Tus pecados son perdonados, todas tus iniquidades son quitadas. En esta vida serás alimentado, bendecido y guardado. El pecado que quede dentro de ti será vencido y conquistado, y verás Su rostro al final en la gloria eterna, cuando Él venga en la gloria de Su Padre, y todos Sus santos ángeles con Él. "Todo aquel que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna y no vendrá jamás a condenación". "El que creyere en el Señor Jesús y fuere bautizado, será salvo; y el que no creyere, será condenado".

Y ahora, en conclusión, he tratado de contar sencilla y llanamente la historia de cómo la justicia de Dios se satisface y se hace amiga del pecador, y busco fruto, porque donde se predica el Evangelio con sencillez, nunca se predica en vano. Sólo vayamos a casa y oremos ahora, para que podamos conocer al Salvador. Oremos para que otros también lo conozcan. Si estáis convencidos de pecado, mis queridos amigos, no perdáis ni un momento. Ve a tu habitación tan pronto como llegues a casa, cierra tu puerta, ve solo a Jesús, y allí repite tu confesión, y una vez más afirma tu fe en Cristo, y tendrás esa paz con Dios que el mundo no puede dar, y que el mundo no puede quitar. Tu conciencia turbada hallará descanso, tus pies estarán sobre una roca, y un cántico nuevo estará en tu boca, incluso la alabanza para siempre,

***"¿De dónde viene este temor e incredulidad?
¿Tú, oh Padre, has hecho sufrir a Tu Hijo sin mancha por mí?
¿Y el justo Juez de los hombres***

me condenará por la deuda del pecado que, Señor, te fue imputada?

***Completaste la expiación que hiciste,
y pagaste hasta el último centavo lo que tu pueblo debía;
¿Cómo, pues, puede venir sobre mí la ira
si me cobijo en tu justicia y me rocío con tu sangre?***

***Si Tú has procurado mi liberación,
Y libremente, en mi lugar,
soportaste Toda la ira divina;
Dios no puede exigir el pago dos veces:
primero, de la mano de mi Fiador sangrante,
y luego otra vez de la mía.***

***¡Vuelve, pues, mi alma a tu descanso!
Los méritos de tu gran Sumo Sacerdote hablan paz y libertad:
Confía en Su sangre eficaz; no temas tu destierro de Dios,
ya que Jesús murió por ti.”***

EstudiaLaPalabra.org